

VIDA Y OBRA DE LOS
ESCULTORES E IMAGINEROS
MALAGUEÑOS

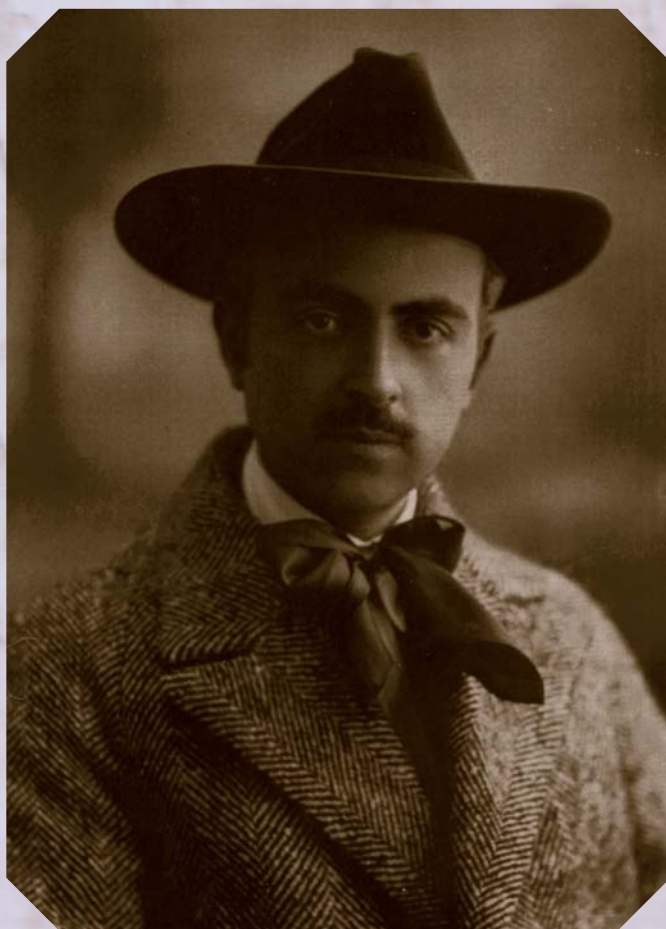
Francisco

PALMA GARCÍA

y

Francisco

PALMA BURGOS



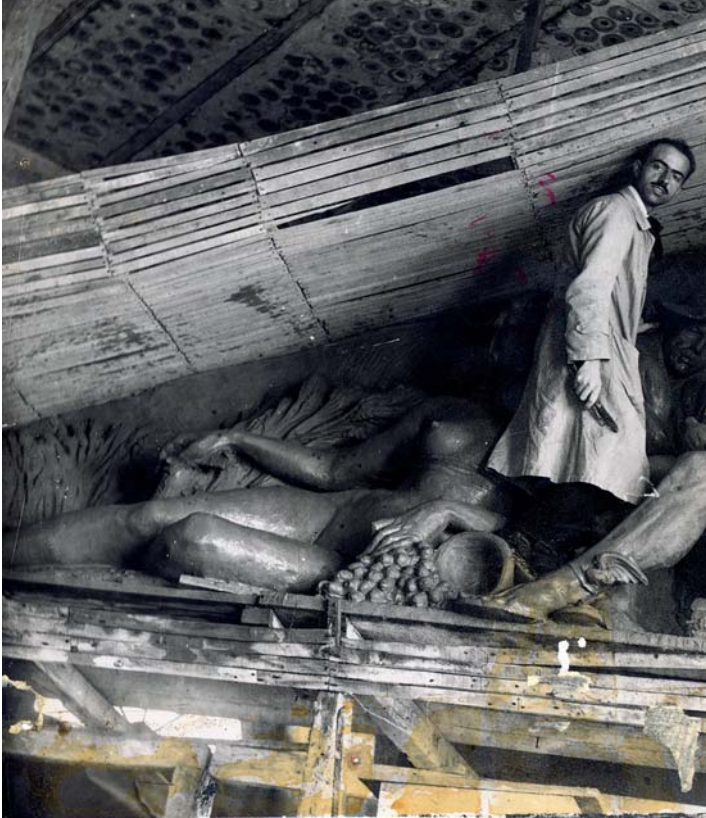
Felipe Toral Valero

ESTE apretado resumen sobre el devenir de la vida y la obra de Francisco Palma García y de Francisco Palma Burgos está basado en más de once años de investigación y en la profunda amistad que en vida me unió con el segundo de ellos, a pesar de la diferencia de edad que existía entre nosotros.

Fue precisamente la amistad, la convivencia y los largos espacios de tiempo los que me dieron la oportunidad de conocerlo bien, y estos fueron los motivos que, en un momento determinado, aprovechando mi cese como Presidente de la Agrupación de Cofradías de Úbeda, me animaron a escribir sobre la vida y la obra de Palma Burgos una publicación que vio la luz a fines del año 2004.

Con el detenido y detallado estudio que dicho libro requirió pude comprobar que lamentablemente ni Palma García ni Palma Burgos han sido debidamente reconocidos en la medida de sus acreditados méritos, y por ello mi empeño de hacerles justicia fue aún mayor.

F. Palma



Palma García trabajando a las figuras del frontón del Ayuntamiento malagueño

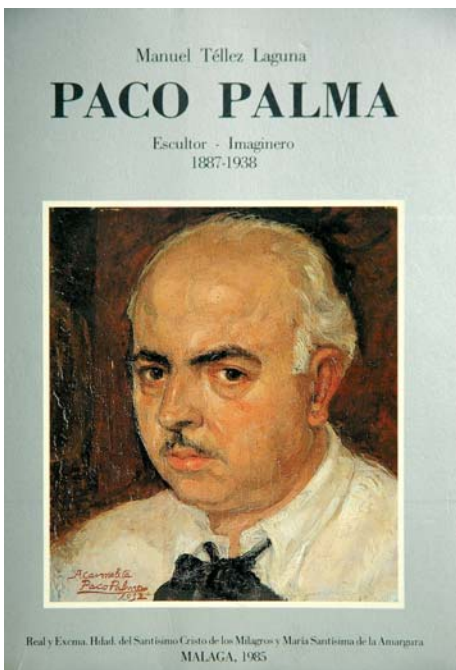
Es una realidad que en publicaciones de cierto prestigio, donde por derecho propio les correspondería figurar, no aparecían prácticamente para nada. En obras que trataban de escultores, pintores e imagineros andaluces ellos no figuraban, aunque sí venían algunos otros por haber realizado trabajos artísticos cuya calidad cabría poner seriamente en cuestión.

Don Manuel Téllez dedicó a Palma García una publicación muy conseguida, y tanto a él como a su hijo Palma Burgos las Cofradías para las que realizaron sus titulares sí hacen las debidas referencias en sus publicaciones, como no podía ser menos. Además, lógicamente, en acreditadas revistas como *La Saeta*, *Málaga Penitente* y otras que reflejan la historia de la Semana Santa malagueña, se les menciona por la evidente importancia de sus aportaciones.

Es muy probable que, dentro de poco tiempo, vea la luz alguna publicación que estudie pormenorizadamente el aspecto iconográfico de los trabajos de los Palma, valorando en su verdadera medida la calidad de su producción artística, aunque sería necesario y recomendable que se tuviesen en cuenta aspectos como, por ejemplo, las circunstancias en las que algunas de sus obras fueron realizadas.

En primer lugar, en los tiempos en que desarrollaron muchos de sus trabajos, la situación económica no permitía grandes realizaciones, máxime si se tienen en cuenta las penurias con las que en España hubo que solventar, tras un periodo político enrarecido, una tremenda guerra civil, que marcó inevitablemente una época de declive económico, hasta que en los años 60 del pasado siglo inició su recuperación.

Acabada la guerra había prisa por reponer el patrimonio tan trágicamente desaparecido, volver a la normalidad y sustituirlo todo, pero ello no le reportó a don Francisco Palma García la compensación económica que cabía esperar, dadas las citadas penurias, si bien su ciertamente numerosa familia pudo subsistir dignamente hasta su fallecimiento el 19 de diciembre de 1938.



La familia quedó entonces a cargo de Paco, que tuvo que atender con evidente urgencia los encargos que se le realizaron hasta principios de los años cuarenta, con las circunstancias de tener que adaptarse, porque así lo requería la época, a las mismas características de la imagen desaparecida, y consecuentemente en el programa iconográfico hubo de todo.

Otro aspecto a destacar es el escenario de aquellos años, que nos hace recordar una puntualización que Palma Burgos hacía cuando se le preguntaba por el tema político y su trabajo *“el artista, cuando es a su vez persona y hombre, no tiene mas remedio que amoldarse a las circunstancias, sin que esto suponga cambio de chaqueta”*. Es decir que si en su momento fue simpatizante con el régimen del 18 de julio, tras haber padecido su familia muy directamente el terror durante el llamado período “rojo”, fue defensor de la democracia cuando se instauró de nuevo en España, porque lógicamente lo conseguido no podía empañar en nada su propia genialidad. En alguno de los párrafos siguientes encontraremos el porqué de estas consideraciones.

Sentado esto llega el momento de resaltar que tanto el padre como el hijo tuvieron en común ser unos auténticos dotados para el arte. Quizás la enorme ventaja de Palma Burgos es que, al margen de ser considerado por todos un magnifico estudiante, tuvo la enorme suerte de criarse en un ambiente que emanaba arte por los cuatro costados, ya que lógicamente su presencia en el taller de su padre era constante.

Es igualmente lógico que todas las técnicas del oficio las aprendiera desde muy niño, la que fue determinante para su futuro, pues gracias a sus facultades y a su formación, con 19 años, al fallecer su padre, pudo hacerse cargo del taller y atender los encargos y compromisos que de inmediato le vinieron añadidos, algunos de los cuales habían sido ya iniciados por el desaparecido cabeza de familia.



Francisco Palma y Salvador Rueda, en los extremos, y el busto del poeta en el centro.



Última fotografía de Francisco Palma García



Palma García policromando *La Piedad*.

Nos referiremos ahora a cada uno de ellos por separado, para diferenciar todo lo interesante que a cada cual le corresponde. Don Francisco Palma García, nacido en Antequera el 28 de octubre de 1887, fue ciertamente más escultor que imaginero, quizás porque la época en la que vivió propició más encargos de obras civiles que religiosas, aunque también éstas le permitieron alcanzar un acreditado prestigio.

Su prematura muerte a los 51 años de edad le imposibilitó entrar en la leyenda de escultores dedicados a la imaginaria en lo referente a obras de Semana Santa, máxime cuando ya tenía algunos encargos de cofradías como el Cristo de los Milagros, que su hijo Paco asumió de inmediato tras su fallecimiento.

Aparte de las imágenes de Jesús Nazareno y de la Virgen de los Dolores para Torremolinos y Frigiliana, solamente se le reconoce a Palma García la talla de *La Piedad* malagueña, que fue pasto de las llamas en la fatídica quema de iglesias y conventos de mayo de 1931, lo que le lógicamente le produjo una dolorosísima afección, máxime cuando él junto a su hijo Paco presenció tal muestra de barbarie.

Y no es exactamente que Palma García no hubiese tallado imaginaria, sino que las importantes obras que realizó para recibir culto en las Iglesias representa siempre menos proyección popular que las de Semana Santa, y de ahí que sean lógicamente menos conocidas.

Entre ellas cabe citar una imagen de la Virgen de Lourdes en mármol para el Seminario Diocesano, un Cristo crucificado para un panteón de Nerja, el monumento al Sagrado Corazón en Antequera y otro crucificado en tamaño menor para la Diputación de Málaga.

Sin embargo en obras civiles sí desarrolló un intenso trabajo, esparciendo un auténtico reguero de obras de notoria importancia y de acreditada valía, y ahí están el frontis del Ayuntamiento de Málaga, la iglesia del Sagrado Corazón y los elementos escultóricos decorativos en la fachada del antiguo Banco Hispano de la Alameda o de los almacenes de Félix Sáenz.

A todo ello hay que añadir sus notables trabajos en Antequera: la fachada de la Caja de Ahorros, un variado y extenso número de placas, bustos, panteones, restaura-

ciones, pinturas y bocetos, y el impresionante monumento al Capitán Moreno, obras realizadas en el relativamente corto espacio de 30 años y que motivan que deba ser considerado uno de los más reconocidos artistas andaluces de su tiempo.

La vida artística de Palma García fue muy intensa. Ciertamente gozaba con la creación y era un auténtico enamorado del arte, al que consideró y asumió como su propio sacerdocio.

Pero no fue hombre que disfrutara la felicidad que una vida tan intensa en lo artístico le podía deparar: sufrió convulsiones tan trágicas como la guerra civil, que vino a coincidir con una edad clave, máxime cuando supuso la paralización de todas sus actividades, sus sueños e ilusiones, el bloqueo de sus cuentas corrientes y las penurias que todo ello traía de añadido para él, su esposa y sus siete hijos, a lo que había que añadir las negativas consecuencias para sus colaboradores y empleados.

El presenciar la quema de la imágenes, entre ellas la joya escultórica que suponía el Cristo de Mena, la desaparición en 1933 de su íntimo amigo Salvador Rueda, el Poeta de la Raza, y sus 11 días de prisión en el buque *Marqués de Chávarri* durante el mes de noviembre de 1936, fueron motivo de profundas amarguras y afectaron seriamente a su carácter, que pasó a ser serio e introvertido.

Palma García no quiso nunca dejar su tierra a pesar de que Madrid lo reclamaba con insistencia. Su orgullo y su arraigo malagueños siempre estuvieron por encima de cualquier ofrecimiento ciertamente ventajoso.

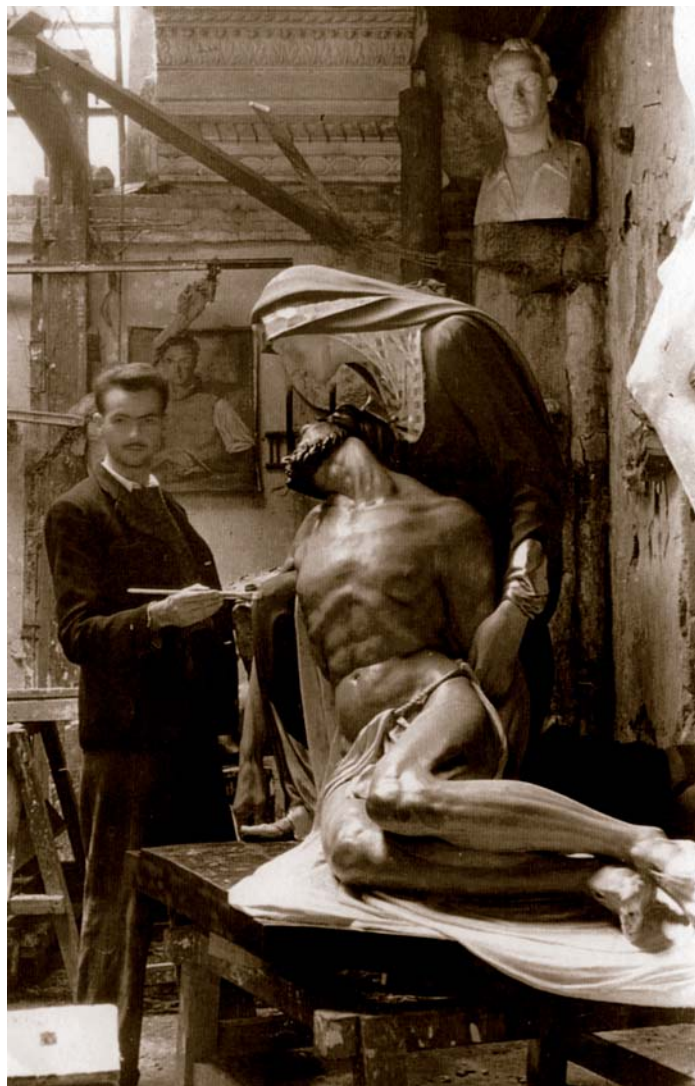
El bagaje intelectual y cultural que atesoraba y que siempre quiso fortalecer motivó que en su taller de Málaga se reuniera a diario el más alto elenco de intelectuales de su época. Las tertulias que allí se desarrollaban contribuyeron a enriquecer su amplia cultura, con un añadido que lo hacía aún más reconocido por sus amigos, y es el gran sentido del humor que atesoraba, con un gracejo malagueño que llamaba la atención.

El reconocimiento público de su trayectoria –quizá más que el que su hijo pudo y debió recibir– no llegó a ser muy amplio: fue nombrado hijo predilecto de Antequera y elegido en 1927 Numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo.

Don Francisco Palma García falleció el 19 de diciembre de 1938. Gracias al empeño de don Baltasar Peña Hinojosa, Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, desde el día 12 de julio de 1984 sus restos reposan junto a los de los pintores Ferrándiz y Martínez de la Vega y los del poeta Salvador Rueda en un panteón del cementerio de San Miguel.



Monumento a Salvador Rueda en el Parque de Málaga (el águila no es de Francisco Palma)



Palma Burgos policromando la reelaborada *Piedad*

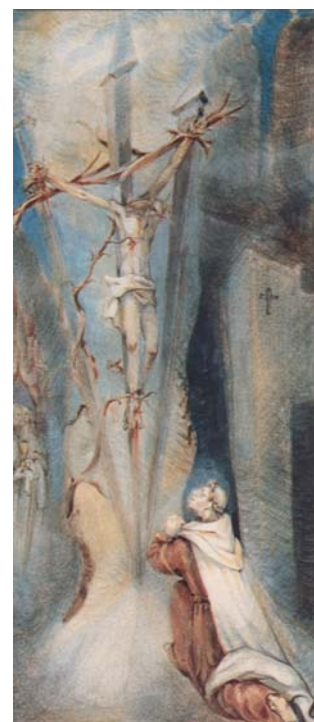
Francisco Palma Burgos nació el año 1918. Creció en el ambiente artístico del taller de su propia casa. Y desde su niñez entendió y aprendió, porque su amor a la pintura y la talla le obsesionaba.

Palma Burgos disfrutaba creando, lo consideraba el arte de vivir, anhelaba las cosas bien hechas, adoraba el culto al detalle, faceta ésta que le daba una seguridad pasmosa en lo que hacía. Personalmente no le presencié nunca un tachón o una rectificación en su trabajo. Vivió permanentemente para la creación, porque su máxima era siempre el

disfrute de la imaginación, apoyado como digo en la sabiduría de sus conocimientos como artista. En 1940, apenas con 22 años, fue elegido Numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo.

A todo ello hay necesariamente que añadir sus cualidades humanas. Procuraba siempre, desde su individualidad, superarse en la raíz de su propia fe, una fe sin dobleces, intentando con su trabajo, su ocio y su vivir, el bien colectivo. Era generoso, ameno, y maestro en entablar amistades a las que siempre le entregaba todo.

Disfrutaba con el recuerdo de su tierra malagueña; gozaba y se le notaba feliz cuando hablaba de ella, porque la llevaba muy dentro de su alma. Su sensibilidad y amor a Málaga lo transformaba en otro ser de manera espontánea, y dentro de su reconocida cultura intelectual, hacía reflexiones dignas del mejor de los poetas, algo así como aseverar que en su ciudad natal



Óleos en el convento de San Juan de la Cruz en Úbeda

las estaciones meteorológicas se cambiaban sin poder apreciar cuándo terminaba una y comenzaba la otra por las envidiables características de su clima. Siempre comentaba que Málaga dispone de una luz tan sumamente azul, que nunca se sabía si ello es consecuencia de su sol o de las aguas serenas de su bahía.

Le ocurría igual cuando reflexionaba sobre la amistad, lo material y lo económico. Tenía tan clara su propia idea que desechaba todo lo que la enturbiara y generara egoísmo, agresividad, enemistad o insolidaridad, ya que entonces su corazón no sería feliz.

Era una realidad su carácter ciertamente bohemio, como buen genio. Paco Palma hablaba de su vida errante: Málaga, Madrid, Andujar, Úbeda, Roma, Castel de San Elía durante 25 años, y luego otra vez Málaga y Úbeda.

Como ya hemos indicado Palma Burgos tuvo que afrontar con 19 años la enorme responsabilidad de hacerse cargo del taller y de su familia, tras el fallecimiento de su padre, y es una realidad que Málaga acogió al jovencísimo escultor con verdadera expectación, conocidas sus aptitudes. Y así es como la Semana Santa de Málaga dispone en su patrimonio de tallas tan impresionantes como el Cristo de los Milagros, el de la Buena Muerte –con el que consiguió emular a Mena– el de la Humillación, el de la Sangre y el Santo Suplicio, mas la nueva talla en madera policromada de La Piedad, sacándola de puntos del modelo que su padre había creado.

Tras la fratricida guerra civil aceptó una gran cantidad de encargos para la provincia, todos ellos en un espacio corto de tiempo (1939-1940), sobre todo imágenes bajo la advocación de Jesús Nazareno y la Virgen de los Dolores.

Lo incomprensible –algo que él nunca aceptó de buen grado, aunque no llegó a manifestarlo abiertamente– fue que aún estando en Málaga, algunos de los trabajos



que realizó para tronos de Semana Santa fueron modificados sin su conocimiento ni su consentimiento. Tras su marcha a Madrid y durante su larga ausencia de Málaga apenas la Semana Santa malagueña se acordó de él, pero si se recurrió a artistas, escultores y tallistas de otras latitudes.

En Madrid consiguió un importantísimo reconocimiento al conseguir ganar, en dura competencia con los escultores más reconocidos de la época, el concurso para tallar el trono del Cristo de Medinaceli. La casa ducal del mismo nombre pretendió nombrarlo su asesor artístico, pero desechó el ofrecimiento, y prefirió aceptar el contrato que le ofreció la dirección general de Regiones Devastadas para trabajar en la provincia de Jaén, recayendo con tal motivo en Andújar, donde realizó un gran número de retablos e imágenes.

Fue entonces cuando las cofradías de Úbeda se pusieron en contacto con Paco Palma para que se encargara de recuperar todo lo desaparecido durante la República y la guerra civil. Hubo en dicho encargo un gran aliciente para él; encontrarse con su amigo del alma don Andrés Fuentes Garayalde, consejero y sostén en lo afectivo, y con don Julián Fernández Campos un acaudalado empresario, que le propició seguridad económica.

Ciertamente Úbeda se entregó con el artista, y no había absolutamente nada en lo que Palma Burgos no interviniera, tanto en aspectos de Semana Santa como en los encargos que el propio Ayuntamiento le encomendaba.

Se le facilitó instalar su taller en la iglesia de Santo Domingo, entonces cerrada al culto, y allí realizó una gran cantidad de obras de arte, lo que supuso que llegara a tener hasta una treintena de colaboradores, lo que da una idea del número de trabajos que se le encargaron. Úbeda se vio así notoriamente beneficiada, puesto que muchos de aquellos trabajadores, al seguir sus consejos y su magisterio, llegaron a ser acreditados artistas como decoradores, pintores y tallistas.

En 1960 fueron varias las causas que motivaron su determinación de marcharse a Italia: una azarosa vida sentimental, la instauración en España de la Seguridad Social, que lógicamente le resultaba gravosa por el número de personas que tenía contratadas, en cierto modo también la incomprensión que resultó de no encargársele determinados trabajos, y por último



El *Santo Entierro* de Úbeda

unos compromisos económicos que no lograba atender por su carácter generoso y desprendido.

Aposentado en Castel San Elía, provincia de Viterbo, quiso llevar una vida muy franciscana. Ciertamente tampoco necesitaba mucho: por ello en su domicilio instaló un estudio de pintura que no quiso masificar, ya que solo contó con seis o siete alumnos.

Aunque compromisos puntuales le obligaron a trabajar la talla, como por ejemplo en el monumento a Garibaldi, se dedicó por entero a la pintura. No había concurso al que se presentara y en el que no consiguiera el primer premio. Llegó a conseguir 8 medallas de Oro de distintas poblaciones, y los acreditadísimos premios Leonardo da Vinci y Dante Alighieri.

Llegó a estar considerado como uno de los mejores policromadores de Europa, ofreciéndosele la opción de trabajar en innumerables restauraciones de iglesias, llegando a intervenir, aunque no muy asiduamente, hasta en el propio Vaticano. Consiguió tal acreditación que inclusive se le encargó un crucificado para la Catedral de Munich. Su fama traspasó fronteras.

No permaneció Paco Palma 25 años en Italia sin interrupción: el recuerdo de su España y de su tierra lo tenía tan presente que no desaprovechaba nunca la ocasión para volver a ella, bien para exponer sus pinturas o para tallar los Cristos Yacentes para Úbeda y Santa Cruz de la Palma, el Perdón de Almería, el de la Noche Oscura

de Úbeda y la imagen de María Auxiliadora también ubetense, además de otros trabajos puntuales que le fueron solicitados.

Interminable sería enumerar todas las imágenes que esculpió nuestro artista: a modo de resumen citar que se le reconocen 54 imágenes de Cristos de muy distinta advocación, 24 Vírgenes, 33 tronos o pasos, 32 retablos y altares, 11 monumentos, 8 sagrarios, 8 bustos, innumerables restauraciones, diseños, bocetos y además cientos y cientos de óleos.

Entre los trabajos de más importancia realizados para Úbeda debemos destacar el frontis de la Iglesia de las Escuelas Profesionales de la Sagrada familia, las pinturas del Oratorio del convento de San Juan de la Cruz, al que le incorporó un mausoleo con la estatua del Santo en piedra y todas las imágenes de las cofradías de la Entrada de Jesús en Jerusalén, la Columna, el Santo Entierro y el Resucitado.

Las Semanas Santas de Torredonjimeno, Linares, Andujar, Jaén, Torreperogil, Sabiote, Beas de Segura, Cazorla, Arjona y La Carolina cuentan con imágenes talladas por Palma Burgos, al igual que las malagueñas de Alhaurín el Grande, Algarrobo, Almáchar, Almogía, Álora, Alozaina, Antequera, Benadalid, Benalauría, Benarrabá, Campillos, Casares, Colmenar, Daimalos, El Borge, Frigiliana, Gaucín, Jubrique, Marbella, Ojén, Riogordo y Villanueva de Algaidas, además de otras ciudades españolas como Alcalá del Valle, Almería, Ceuta, Villanueva de Córdoba, Santa Cruz de la Palma, Madrid y Cieza.

Resulta francamente dificultoso resumir en estas páginas la amplísima producción de Palma Burgos y su apasionante biografía, en la que además de su impresionante calidad como artista destacaron su gracejo, su generosidad desbordante, su enorme facilidad para el diálogo o su característica forma de vestir y de vivir. No nos es posible tampoco profundizar en su vida familiar ni en su extraordinaria cultura. Pero el lector se habrá dado perfecta cuenta de que estamos ante un ser sencillamente excepcional. De ello es buen indicio, aparte de la maestría de sus obras, la pertenencia de Palma Burgos a las Academias de Bellas Artes de Málaga, de Roma y de Viterbo.

Se podrá hacer, como antes apuntábamos, un detenido estudio iconográfico de sus obras, y será ahí donde deberán tenerse en cuenta las urgencias y las premuras económicas en las que tuvo muchas veces que realizarlas, además de la manipulación



El Cristo de la Buena Muerte de Málaga, obra de Paco Palma

Palma policromando el
Cristo del Santo Suplicio de Málaga



posterior que sus imágenes sufrieron, preferentemente localidades de provincias, con añadidos de pelucas, etc., que a él tanto le molestaban. Sería injusto si ello no se tuviera en cuenta.

A Palma Burgos, salvo honrosas excepciones, no se le guarda en su Málaga natal el recuerdo del que es merecedor, considerando con justicia y objetividad la excepcionalidad e importancia de su obra. Como prueba de ello baste con decir que el busto en bronce realizado hace más de 10 años por su hermano José María aún está pendiente de ser colocado en una calle de Málaga.

Por contraposición Úbeda lo acogió con los brazos abiertos: allí llegó como agua de mayo ante la necesidad de recuperar –como en Málaga– lo lamentablemente perdido por el odio y la guerra. En Úbeda se sintió querido y él nunca se cohibió en manifestarlo por escrito: *Quisiera que Úbeda estuviera tan contenta de mí, como yo lo estoy de Úbeda. Quisiera no parecer jamás un forastero en Úbeda. Creo que tengo derecho a ganarme mi carta de vecindad.*

Esta manifestación suya, y sobre todo la amistad nacida y germinada en Málaga con su hermano de alma don Andrés Fuentes Garayalde, auténtico amigo y hombro donde descansaban sus éxitos y desventuras, fueron las que motivaron que pidiera ser enterrado en Úbeda el último día del año 1985.

No es pues de extrañar que en Úbeda esté muy presente su recuerdo, y por ello, en vida, se le reconoció su amor por ella con un busto, realizado por su hermano José María, y con una plaza que lleva su nombre. Lo que Málaga aún no ha hecho.